

EL

## HOMBRE FELIZ.

### LIBRO I.

Á las márgenes del rio Niester encontró Miseno á la emperatriz Sofia, viuda, y al Conde de Moravia, núm. 8.—Suben á lo alto de la montaña.—Descripción del sitio donde tomaron asiento.—Expone el Conde su tristeza, le confiesa á su hermana la Princesa que la tiene mezclada con la fortuna.—Miseno la promete sólida alegría si toma sus consejos.—Refiere Sofia los motivos de su propia aflicción.—Se relacionan las catástrofes de Constantinopla, la prision del emperador Isaac Ángelo, su impiedad, y quién fue Murtzulfo.—Pinta Miseno la *felicidad* que le ocasionó la desgracia.—Dudan los dos hermanos que sea posible estado de *felicidad* sino en un genio insensible.—Dice Miseno que le vino por la filosofía, que atribuye á la luz del cielo, y refiere el modo.—La envidia y el odio, soltándose de los abismos, turban el mundo, número 26.—Combaten á Miseno, y él queda imperturbable en el seno de la Providencia.—Descripción del Japon, núm. 29.—Señálase la diferencia de la recta *razon activa y pasiva*, y de la *revelacion*.—Declara Miseno que podemos ser felices en la vida.—Tenemos á la *felicidad* deseo innato, y este nos proviene del Ser supremo.—Aprende Miseno esta doctrina en dos sentencias divinas, y en los movimientos del corazon, núm. 38.—Todo lo que de la voluntad humana dimana, está sujeto á la variedad y capricho.—Sentencias que persuaden la alegría verdadera: lo que Dios hizo para recreo de los sentidos, núm. 40.—Solo en Dios puede estar la alegría perfecta.—Prueba que no consiste la *felicidad* en que no padezca el cuerpo, sino en la virtud y cualidades del alma.—Pide la Princesa á Miseno le comunique su doctrina, como la fuente el agua á unas ovejas sedientas: lo concede Miseno para el dia inmediato, á fin de explicar de espacio asunto tan importante, y se despiden los dos hermanos hasta el dia siguiente.—Miseno, continuando su trabajo,

espera la noche para entregar su alma á la consideracion de las maravillas de Dios, y sus miembros cansados al necesario reposo.

1 Por las amenas márgenes del caudaloso Niester <sup>1</sup> paseaba el Conde de Moravia <sup>2</sup> acompañado de su hermana la princesa Sofia <sup>3</sup>, sin que su amable conversacion, ni los discursos sólidos que esta formaba, le pudiesen distraer de la pesada melancolía que le afligia sin intermision. Veía la Princesa que los argumentos mas convincentes eran inútiles, frias las razones mas patéticas, débiles las instancias mas urgentes, y resolvió mudar de medio valiéndose de su aire jocoso, y de la gracia de que la habia dotado la naturaleza, á ver si así le alegraba. Acuérdate de que en otro tiempo las bellezas del Parnaso habian tenido gran poder sobre el triste corazon del Conde, y le pareció tentar este medio aprovechándose de las circunstancias que el paseo le ofrecia. ¿No ves, le dice, este rio que allá en Polonia <sup>4</sup> algun dia le conocimos tan pobre y humilde, que se paraba cortés á cualquiera pedrecilla que encontraba, ¿torcia por su respeto el camino hácia otro lado? Mira, pues, qué diferente va ahora viéndose caudaloso en raudales, y aumentado en fuerzas. Su soberbia no puede sufrir que aquel viejo y carcomido peñasco le esté siempre disputando el paso; y quiere, sea como fuere, quitar de allí aquel estorbo. ¿No ves cómo espumea enfurecido, cómo murmura y se queja, y cómo se despedaza todo, pegando contra el peñon?

2 No esperaba el Conde semejante ataque: estaba desprevenido por este lado, porque hasta entonces solamente lo habia emprendido la Princesa con razones sólidas y discursos serios, contra los cuales estaba la tristeza fuertemente atrincherada; en esto se le escapó una ligera sonrisa que le primió luego, enfadado contra su fragilidad, y se volvió á su aire antiguo, sombrío y desanimado. Con esta levísima esperanza se alentó la hermana, y prosiguió provocándole la risa con la misma metáfora, disfrazando el intento; y queriendo hacerle

<sup>1</sup> El Niester queda al Norte del mar Negro, al Poniente de Oczakow, viene de Polonia, pasa por Kaminick, y junto á Bialegrad ó Akarman desagua en el Ponto Eurino.

<sup>2</sup> El Conde de Moravia era cuñado de Andrés II, rey de Hungría, padre que fue de santa Isabel, llamada reina de Hungría, la que fue canonizada cuatro años despues de su muerte.

<sup>3</sup> Sofia, emperatriz, viuda de Nicolao Canabo, que fue emperador de Constantinopla solamente algunas horas.

<sup>4</sup> Nace en las montañas de la Rusia polaca, Roja ó Negra, en el palatinado de Lamberg.

creer que á sí propia se intentaba divertir, dió desahogo á su natural jocoso: ¿No ves, prosigue, el obstinado empeño de las ondas en esa loca y temeraria empresa? Unas le quieren minar por abajo, otras intentan tomarle por asalto; y unas y otras embisten y trepan subiendo animosamente á escalarlo. ¡Ah pobres! ¡y qué cara os ha de costar la osadía! Allí suben, y allá caen en el rio precipitadas, porque desfallecieron en medio de la subida. ¡Qué gemidos están dando por haber caido! ¡cómo gritan y atruenan todo el valle! ¡inútiles lamentos! Mas no, no son tan inútiles como parece; porque sirven para llamar á las compañeras, que ya las estoy viendo venir de allá muy léjos, acudiendo apresuradas á despreciarse de la flaqueza de las primeras. Si yo tuviese la libertad de los poetas, diria aquí que las tímidas Nereidas <sup>\*</sup> de este rio, aturdidas con la bulla y alaridos de sus aguas amotinadas, huyen á refugiarse en las concavidades de las peñas; y que los ecos parleros, corriendo por valles y montes, no hacen sino repetir, á quien quisiere escucharlos, sus femeniles lamentos.

3 Aquí el Conde no pudo resistir mas, y ya algun tanto recobrado respondió á la hermana en el tono mismo que ella le hablaba. Reparad vos tambien, le dice, cómo esa roca alta y desmoronada se mantiene quieta y tranquila, en medio de tanta guerra; golpes, ruidos, quejas, llantos, alaridos, asaltos; y ella serena. ¡Ah! ¿y quién pudiera hacer otro tanto en medio de los vaivenes de la fortuna, y trabajos de la vida? Hé aquí cómo habia de ser el hombre, para ser en este mundo feliz; pero los míseros mortales nacimos para ser desgraciados, pues hasta la naturaleza misma siendo nuestra madre, mas tratándonos como madrastra, nos priva de todo cuanto puede alegrarnos verdaderamente, y aun nos niega el hasta esa felicidad que concede á los peñascos. Así hablaba el Conde, y como el enfermo que se esfuerza á levantar el cuerpo lánguido y desfallecido, y no pudiendo incorporarse, cae luego mucho mas fatigado, así el Conde hacia servir á su antigua y pesada tristeza cuanto se le decia para alivio.

4 Iba á responderle la Princesa, cuando vieron que de una cabaña, que estaba en lo alto de la montaña frontera, salia á trabajar un venerable anciano; el que con los cansados golpes de su azada, que de cuando en cuando se oían resonar en las piedras, queria obligar al suelo ingrato á que le pagase el sustento lo que él le daba en sudores. Al compás de los golpes iba cantando; pero el viento esparcía las voces, y privaba á la Princesa de la inteligencia de la letra. Los

pajarillos atraídos naturalmente de la armonía, venían saltando de unas ramitas en otras, y puestos en los árboles de enfrente, respondían á los versos en su agraciado y natural estilo.

5 Impaciente el Conde con el deseo de percibir la canción, iba con la hermana corriendo á lo largo del río en busca de paraje mas oportuno; y cuando el viejo callaba, reparaban en su gesto y su figura. El cabello blanco del todo, la barba venerable, el semblante hermoso, y su aire noble y afable les hacia sospechar en aquel varon un no sé qué de grande, que sin descubrirse bien, se dejaba conocer.

6 Continuaba su canción, y en una páusa que hizo el viento, pudieron percibir este final:

En mí tengo la fuente de alegría,  
Siempre la tuve, mas yo no lo sabía.

Oyen esto los dos hermanos, y mirándose mutuamente, se encontraron sus ojos y pensamientos. Consultan entre sí, y determinan atravesar el río y subir á la montaña, para saber del viejo aquel enigma. Adelantan el paso, y apenas llegan al puente cuando oyen de nuevo que el anciano proseguía el canto: páranse curiosos, escuchan atentos, y entienden que decia lo siguiente:

Dió principio al raudal monte eminente,  
Y en la tierra sus pasos ocultando,  
Á mi casilla viéneme buscando,  
Y me hace su señor independiente.  
De este modo el placer, que es don del cielo,  
De Dios viene corriendo ocultamente,  
Favor, que agradecido es fuerza cuente,  
Pues me hace dichoso acá en el suelo.  
Dueño soy de la fuente y la alegría;  
Ambas son don de Dios, mas fácilmente  
Si en la tierra se pierden, totalmente  
Queda pobre quien rico ser podia.

7 Calló el viejo, y el Conde con nuevo ardor dice á la hermana que convenia examinar aquel caso, porque no podia haber en el mundo mejor encuentro. Reparó Miseno<sup>1</sup> (este era su nombre) en los dos pasajeros que se encaminaban á buscarle, y dejando pronto la azada bajó á recibirlos, ofreciéndose urbanamente á servirles en todo cuanto alcanzase su edad y triste estado.

<sup>1</sup> Nombre de disfraz, porque su nombre propio era *Uladislao*, rey que fue dos años de Polonia, entre *Mieceslao III* su padre, y *Lesco* su primo.

8 ¡Triste estado! replicó Sofia admirada, pues ¿cómo os manifestais tan alegre y satisfecho? ¿no sois vos quien poco há cantaba, diciendo que en vos teniais la fuente de la alegría y que la poseiais sin saberlo?

9 Razon teneis, señora, le respondió, fue necedad de un viejo, que acostumbrado á tratar con las peñas y los troncos, tropezó luego que se vió obligado á hablar con personas de respeto. Llaméle triste á mi estado, porque así lo acostumbraban llamar los otros; mas corrigiendo mi expresión, digo, que si en mi estado feliz puedo servirlos, eso mismo aumentará increíblemente mi alegría y felicidad; por cuanto consuela mucho á un hombre poder hacer á otro hombre dichoso<sup>1</sup>. «El acercarnos por la imitación al Ser supremo, que es la «fuente y primer origen de toda felicidad, nos puede hacer en cierto «modo participantes de ella; y entiendo que le imitará muy noblemente quien concurriere á la felicidad de los otros<sup>2</sup>.»

10 No podeis tener mejor ocasion, dijo el Conde: á este tiempo habian subido ya la montaña, y Miseno les dió asiento bajo de un emparrado, á manera de un gabinete muy gracioso. Allí los largos pámpanos, que al rededor colgaban, figuraban un dosel; servia la verde yerba de alfombra, y el espaldar era una empalizada, en la que enlazándose con ligazon odorífera los rojos y enroscados caracoles con otras enredaderas, trepaban hasta la cima, y formando allí como un pabellon le impedían al sol la entrada, para que no les molestase. Aquí, pues, sobre almohadas de deliciosa grama recibió Miseno á sus honrados huéspedes.

11 Estaban estos pasmados de lo que veían y oían, admirándose que Miseno hubiese hallado la alegría en tanta soledad y escasez, cuando ellos con suma ansia la habian buscado inútilmente toda su vida.

12 De cuanto puede desearse en el mundo, decia el Conde, para vivir alegre, de tanto he gozado; mas jamás pasé un dia perfectamente contento. He andado corriendo de ciudad en ciudad, de reino en reino, de clima en clima, siempre en pos de la imágen de la

<sup>1</sup> *Nil addo divinum habet homo, quam benefacere.* (S. Gregor. Nazian.).

<sup>2</sup> El Filósofo incógnito censura de extravagante la sentencia puntuada cotejada con lo que dijo Miseno: á saber, segun el mismo Incógnito, lib. III, número 17: *Que para ser feliz es menester coger la azada, é irse al monte, etc.* Falso testimonio, porque ni en los ocho números antecedentes ni en toda la obra asienta Miseno proposicion semejante; antes bien siendo en el monte feliz, para ser mas feliz dejó la azada y el monte. (Véase lib. XV, núm. 18, y lib. XXIV, núm. 36).

perfecta alegría, y jamás he podido darle un alcance. Era para mí como la sombra, que cuanto mas corremos tras ella, se empeña mas en huírnos: yo tenia hecho concepto que era cosa imposible lograr en esta vida alegría perfecta. Mas ahora, asegurándome vos que la habeis hallado, conozco que soy mas infeliz de lo que pensaba; pues veo que pudiendo ser dichoso, los hados injustos me formaron solo para ser desgraciado.

13 ¡Desgraciado! replicó la hermana, en verdad, pues, que no conozco persona que con menos razon se pueda quejar de la fortuna. Esa deidad soberbia, que si mira con agrado á los mayores monarcas los deja satisfechos y ufanos, á vos os ha tratado siempre como á su hijo querido. Verdad es que refirmando los inconstantes piés en su rueda voluble, hace andar al mundo entero en un perpétuo giro; mas para vos siempre ha sido firme y estable. Esa loca, solo inconstante en ser mudable, que si nos muestra el semblante afable y alegre, luego lo muda en terrible y espantoso; que cuanto mas la lisonjean y adoran, tanto mas desprecia y ultraja, para vos siempre ha sido leal é invariable. Si para los demás es diosa, para vos es esclava. Los demás la idolatran, y ella les huye; vos la despreciáis siempre, y ella nunca dejó de buscaros. Ved, hermano mio, cuán injustamente os llamais desgraciado.

14 ¿Y de qué me sirve la fortuna, le replicó afligido, si nunca me ha dado la alegría que busco? Confieso que cuantos bienes me franqueaba, me parecian como un mayorazgo enajenable de mi persona: pero la tristeza me era como una pensión aneja á este mayorazgo. Yo bien queria formar con la mayor industria un círculo tal de divertimientos, que mi alma, atrincherada en ellos, quedase impenetrable á la melancolía; mas ella con nuevo artificio en las mismas diversiones me asaltaba. Es verdad que yo las apetecia con excesiva ansia, y que experimentaba en ellas notable gusto al principio, mas con la continuacion me fastidiaban; y si me hacia fuerza para proseguir con ellas, me servian de un tormento insufrible.

15 Cual enfermo que tiene perdido el gusto, y con la imaginacion ociosa discurre por todo el mundo sin encontrar cosa que le excite el apetito; así era yo, que solo por ver todo lo queria probar, pero apenas lo llegaba á la boca, cuando luego lo nauseaba.

16 Del recreo de los sentidos pasaba á la satisfaccion de mis pasiones. Ningun freno les ponía, cumplía todos mis deseos; pero tambien todos me engañaban. Prometíanme un contento fino, delicado y duradero: mas apenas comenzaba mi corazón á alegrarse, cuando

una nube negra venia de repente, como sucede á veces en los prados, y me dejaba sombrío; y esto cuando todos los demás que estaban en mi compañía se alegraban. Así he vivido, así corrió la Europa, y así llegué á casa de mi hermana por ver si á lo menos en el amor insípido y sincero de la naturaleza hallaba algun consuelo para mi alma desesperada.

17 Para daros en pocas palabras, añadió Sofia, una idea bien justa de la melancolía del Conde, bastará repetiros un artículo de cierta carta que me escribió despues de salir de París, en la cual, á pesar de las Musas, que las hacia hablar por darme gusto, se veia bien que la tristeza del corazón lo dominaba; porque despues de referirme los divertimientos de aquella corte, añadía:

Hermana, sabe, pues, que la tristeza  
En mí pasa ya á ser naturaleza.  
Triste me halla la noche, triste el día,  
Triste la luna nueva, y á porfía  
Triste cuando en menguante y en creciente,  
Triste cuando está llena y refulgente.  
Triste el sol, que á su ocaso se avecina;  
Triste cuando al helado Sur camina.  
Triste me es el verano, y triste me era  
El otoño, el invierno y primavera.

De aquí podeis inferir, concluyó Sofia, que no podia ser mas obstinada su tristeza.

18 ¡Ah hijo mio! dice el viejo, permítase á mis años, y al afecto con que os estimo, usar de este cariñoso nombre: ¡y qué venturoso os será este encuentro, si tomáis mis consejos! Allá en los postreros años de vuestra vida prolongada, y en los mas remotos climas á que podran llevaros vuestros empeños, yo os aseguro que no podréis olvidaros de este peñasco en que estais, de ese rio que veis, ni de este viejo que os habla. Seguid, hijo mio, el camino que yo os mostraré; y os prometo que seréis enteramente feliz.

19 No obran con mas prontitud las palabras de un encanto, que obraron estas en los corazones de Sofia y el Conde. El alborozo interior se les veia en los ojos, y toda el alma queria salirse por ellos á ver el camino que el viejo les enseñaba. Sofia temiendo que solo el Conde fuese atendido en la receta prometida, quiso tambien informar á Miseno de las dolencias que su corazón padecía; y á la verdad que su tristeza era mas bien fundada que la del Conde; bien que continuamente andaba luchando contra ella, y la vencía.

20 No penseis, le dice la Princesa, que siendo los dos hermanos compañeros en el mal, sea tambien en ambos semejante el motivo de tenerle. Mi hermano ha buscado la alegría en las diversiones, riquezas y apetitos: yo la he buscado por muy diferentes medios, mas de ambos se ha burlado la suerte; y prometiéndonos alegría completa, nos hallamos con una tristeza muy arraigada. Esto dijo; y al modo que sale con ímpetu la saeta que se dispara del arco que estaba largo tiempo oprimido y encorvado, dejó salir un profundo suspiro y un torrente de lágrimas, que lo quiso comprimir, pero no pudo; sin embargo, despues de enjugarlas algun tanto, continuó diciendo: Permitase á mi corazon apretado suspirar al fin con desahogo entre las peñas y montes, y sepan por lo menos estos quién es la desgraciada Sofia. ¡Ah, y cuánta violencia me ha sido necesario hacerle á mi corazon, para manifestarle alegre en obsequio del Conde!

21 Poco menos ha de dos años<sup>1</sup>, que ciñó esta cabeza la corona de *Constantinopla*, y otro tanto tiempo hace que sin el menor motivo me la arrancaron de ella. En el espacio de veinte y cuatro horas me levantó la fortuna sobre el trono del imperio y me hizo caer de él. *Efímera*\* de las emperatrices, el mismo sol, sin descender de su carro, me vió vasalla y soberana, y otra vez reducida á lo que antes era. Os referiré el suceso por si lo ignorais.

22 Ya sabeis cuán funestas han sido en Constantinopla sus catástrofes, despues que el impío Alejo III para subir al trono encerró en una mazmorra á su hermano el emperador Isaac Ángelo II y le arrancó los ojos; y que Alejo IV *el Mozo*, hijo de este, y de él sobrino, lo puso en la precision de huir por no caer en la misma desgracia que su padre. Sabeis tambien que este Alejo perseguido, convocando en su auxilio los caballeros de la Cruzada, hizo huir al tirano intruso, y que restituyendo al trono al ciego Isaac su padre, á nombre suyo reinaba. Él era tirano en las costumbres, aunque no lo fuese en la injusticia de empuñar el cetro<sup>2</sup>. Á su gloria se siguió el desagrado de los pueblos, que bajo su pesado yugo gemian, suspirando por el momento feliz en que le pudiesen sacudir, que tan violento les era. Aprovechóse de esta ocasion *Alejo V Ducas*, llamado *Murtzulfo*<sup>3</sup>, para sus depravados y bien ocultos intentos; y viendo

<sup>1</sup> Fue coronada Sofia el año 1204.

<sup>2</sup> *Alejo Angelo Commeno III* fue tan impío, que á mas de lo dicho asoló á Constantinopla; sin embargo, Voltaire lo elogia, y á los Cruzados que lo destronaron los infama; eran estos *cristianos*, aquel *cismático*, y Voltaire el mayor enemigo de nuestra santa Religion.

<sup>3</sup> Así llamado por las grandes cejas que le caian sobre los ojos.

en mi esposo Nicolao Canabo virtudes mas dignas del trono que lo era la sangre de Alejo, persuadió á los pueblos (¡ah falso! mas en tu crimen encontraste el castigo<sup>1</sup>), persuadió, digo, á los pueblos que serian felices, si arrancando la corona de la cabeza de Alejo, la pudiesen en la de mi esposo, á quien la sangre real, adornada con las virtudes que ninguno ignoraba, le hacian merecedor de ella. Como lo dijo se hizo; que tanto estimaban los pueblos al uno cuanto abominaban al otro. En el magnífico templo de Santa Sofia<sup>2</sup> proclamaron emperador á Nicolao, y subimos ambos al trono; de suerte, que una corona sola nos ciñó ambas cabezas: todo era alborozo, todo júbilo, todo alegría.

23 Y hé aquí que aparece en el templo una paloma blanca volando de un lado á otro, trayendo en el pico un ramo de oliva, símbolo sin duda de la paz que prometia á los pueblos el carácter suave del Emperador proclamado. Mi almase transporta, teniendo por buen presagio esta circunstancia misteriosa. En esto veo entrar una águila negra, que se arroja furiosa como un rayo sobre la paloma inocente, la hace presa, y desahócese con ella entre las uñas. Veo, callo y desfallezco. El corazon fiel me pronosticaba un no sé qué, que ni él mismo lo sabia. Suenan por todas partes cánticos de alabanza, vivas de alegría y danzas de júbilo. Al rededor de mí no veia sino incienso y elogios. Toda Constantinopla se daba los parabienes, que tan aborrecido era el tirano. Entonces *Murtzulfo*, teniendo ánimo de abatir en un solo día, y poner bajo sus piés dos emperadores<sup>3</sup> para subir injustamente al trono, vuela ligero á avisar á Alejo para que huya y oculte su persona á la furia del pueblo, que acababa de proclamar en el templo á un nuevo emperador. Oye Alejo el nombre del monarca, y tiembla: aturdido al mismo tiempo con el horror de sus propios vicios, y el resplandor de la virtud ajena, no se atreve á competir con mi esposo ni á disputarle el mérito ni el derecho: no atina con el discurso, no halla consejo. Pálido, débil y trémulo iba á perder los sentidos, cuando *Murtzulfo* le toma de la mano, fingiendo amistad y celo; y con pretexto de ocultarlo á la cólera de los amo-

<sup>1</sup> Habiendo gobernado pocos meses le sacó los ojos su suegro *Alejo*, y murió precipitado de lo alto de la columna de Teodosio, año 1204.

<sup>2</sup> Entre tres mil templos que se contaban en Constantinopla, el de *Santa Sofia*, asombro del arte y la riqueza, era el principal. Los turcos le convirtieron en mezquita que destruyó el terremoto del año 1754, y el incendio del año 1783 le abrasó.

<sup>3</sup> Fueron tres: *Nicolao Canabo*, *Alejo IV* é *Isaac II*, á quien con el mismo intento que á los otros dos le mandó dar veneno el año 1203.

tinados le encierra en un lugar subterráneo; mas quitando luego la máscara á su perversa intencion, le manda poner grillos y esposas, le despoja de sus reales vestiduras, y adornándose con ellas, se presenta en público, esparciendo riquezas inmensas á dos manos. Embriagado el pueblo con el oro, y respetando las insignias reales le sufre; poco despues le teme, y por fin le adora: contentándose con solo verse libre de la opresion de Alejo, sin mas escupulizar en la iniquidad de los medios.

24 Interin que el pueblo, medio loco con todo este alborozo, va sin saber lo que hace, repitiendo vivas; Murtzulfo por medio de un confidente suyo avisa particularmente á mi esposo, en ocasion que entraba en palacio, y le dice que Alejo viene á la frente de todas sus fieles tropas á arrancarle de la cabeza su vacilante corona; que como amigo le aconseja se retire pronto á cierto castillo seguro, mientras que él va á juntar las tropas de los caballeros de la Cruzada, que todavía se hallaban en el puerto de Constantinopla<sup>1</sup>; y que como ellos estaban quejosos de Alejo, no dejarían de vengarse de él en ocasion tan oportuna.

25 Cae el inocente en el lazo, y se ve tambien preso. ¡Oh, si al menos le conservase la vida! Mas ¡ah! que su virtud se hacia temible aun entre cadenas y hierros, y Murtzulfo, si se ha de asegurar en el trono, solo puede ser á fuerza de crímenes (único medio de reinar cuando no hay merecimiento); y en efecto, poco despues dió á entrambos presos la muerte, habiéndosela dado antes con veneno á Isaac Ángelo. Mónstruo de malicia, que sin ejemplar supo destruir en un mismo dia dos emperadores, sin mas armas que el engaño, y subir al trono sin mas mérito que el delito<sup>2</sup>. Ved ahora si tengo mas razones que el Conde para vivir siempre triste. Dijo; y las lágrimas, el fuego y la nobleza de sus pensamientos dieron tal fuerza á las palabras, que Miseno se sintió penetrado su corazon herido; y luchando interiormente consigo, le vieron suspenso, sin resolverse á declarar lo que en su mente se le estaba proponiendo.

26 Pasado un breve intervalo, en el que se serenó el corazon de Sofía, la respondió Miseno de este modo: Si supiéseis, señora, quién es este viejo que tiene el honor de hablaros, sin otra cosa mas sentiríais algun consuelo en vuestra pena; pero no es preciso, porque

<sup>1</sup> Este puerto tiene una vista muy deleitable, y pasa absolutamente por el mayor del universo: tiene una legua de longitud, y de latitud media.

<sup>2</sup> Por su propia mano ahogó al jóven emperador Alejo, año 1203. Véase núm. 23 antecedente.

aunque lo ignoreis, os puedo dar otro remedio mejor. Vos y vuestro hermano estais en el camino de la sólida felicidad: solo está la dificultad en saberlo seguir. Por él alcancé yo la que gozo, que no puede ser mayor en esta vida; pero os aseguro que no la conseguiréis por ninguno de los caminos por donde la habeis buscado. Esos mismos anduve yo igualmente; pero cuanto mas andaba, mas me perdía. Tambien viví triste, triste y casi desesperado. Si á vos, hijo mio, os siguió la fortuna como esclava, por el contrario á mí la negra y furiosa desgracia me trajo muchos años arrastrando, enroscado miserablemente en su abominable cola. Esos infernales mónstruos de la *envidia* y del *odio*, soltándose de los abismos, y revolviéndose con furia en el mar del mundo, lo pusieron para mí tan turbado, tan negro, tan alterado y tempestuoso, que fue un prodigio no haber naufragado. Me he visto por momentos casi casi sumergido del todo. El cielo llovía sobre mí una infinidad de trabajos; las aguas amargas de las aflicciones calababan toda mi alma; mi corazon estaba lleno de hiel y veneno; y ya sin aliento, sin fuerza, sin esperanzas iba á perecer del todo, cuando ¡ah que feliz dia! hallé el secreto de sobrenadar en todos los males, escapar de la tormenta, y establecer el trono de mi alegría sobre una firme é inalterable roca. Desde allí veo esos furiosos dragones erguiendo el soberbio cuello, preparando sus garras crueles, y sacudiendo sus astas puntiagudas para embestirme. Los veo venir de léjos, los veo llegar de cerca, y no me asusto, porque el Omnipotente me tiene asegurado; sí, el mismo Omnipotente me tiene prometido<sup>3</sup>, que con su mano derecha me ha de esconder, y que con su brazo poderoso ha de estar pronto á defenderme. Ved aquí por qué ahora desafío al mundo, á la suerte y á los abismos, que en vano se conjuran para perirme, porque sin mover un pié cerraré gustoso los ojos, y dormiré descansado en el seno de la Providencia. El Ser supremo me aconseja que deje en sus brazos mis solicitudes; que él cuidará de mí como la madre cuida de un hijo que está criando á sus pechos<sup>3</sup>: así ninguna fuerza puede haber que me arranque del corazon esta firme esperanza, ni la paz, sosiego y alegría que ella me ocasiona.

27 Aturdidos quedaron Sofía y el Conde con la narracion de Miseno; pues quanto ella tenia de mas inaudita y misteriosa, tanto fue

<sup>1</sup> Este dia se declara en el libro III.

<sup>2</sup> Sap. v, 17: *Quoniam dextera sua teget eos, et brachio sancto suo defendet illos.*

<sup>3</sup> Psalm. LIV, 23: *Jacta super Dominum curam tuam, et ipse te enutriet.*